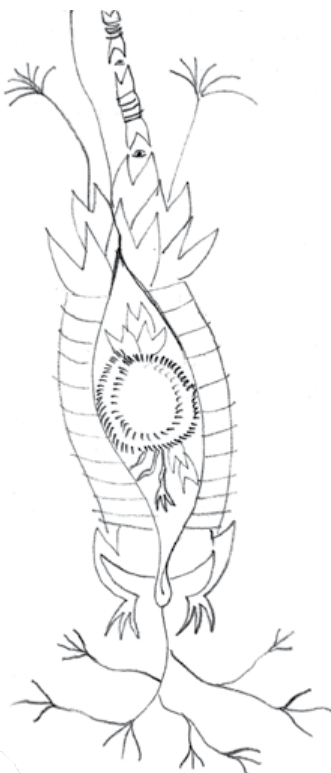


# Lazos compulsivos de la violencia y ecos sadianos



MARIO OROZCO GUZMÁN\*

Universidad Michocana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), Morelia, México



## Lazos compulsivos de la violencia y ecos sadianos

El trabajo expone los lazos que instaura la violencia en la reproducción de las intransigencias superyoicas. Advierte sobre las consecuencias de una compulsión a la violencia, que encuentra en la guerra su razón suprema. Adheridas a esta compulsión aparecen resonancias sadianas, donde se detecta la participación del goce. El *bullying* sanciona esta producción de goce en una compulsión repetitiva.

**Palabras clave:** anti-sujeto, *bullying*, compulsión a la violencia, hiper-sujeto, sadismo.

## The Compulsive Bonds of Violence and Echoes of Sade

The article examines the bonds established by violence in the reproduction of superegoic intransigencies and warns against the consequences of a compulsion to violence that finds its reason d'être in war. It is possible to find echoes of Sade in this compulsion, where the participation of enjoyment is detected. *Bullying* sanctions this production of enjoyment in a repetitive compulsion.

**Keywords:** anti-subject, *bullying*, compulsion to violence, hyper-subject, sadism.

## Liens compulsifs de la violence et échos sadiens

Le travail fait état des liens instaurés par la violence lors de la reproduction des intransigeances du surmoi. Il met en garde sur les conséquences d'une compulsión à la violence, qui trouve sa raison suprême dans la guerre. Aux côtés de cette compulsión, des résonances sadiennes se montrent, où l'on peut repérer la jouissance. Le *bullying* sanctionne cette reproduction de jouissance en une compulsión répétitive.

**Mots-clés:** anti-sujet, *bullying*, compulsión à la violence, hyper-sujet, sadisme.

**CÓMO CITAR:** Orozco Guzmán, Mario. "Lazos compulsivos de la violencia y ecos sadianos". *Desde el Jardín de Freud* 15 (2015): 227-241, doi: dfj.n15.50525.

\* e-mail: orguzmo@yahoo.com.mx

© Obra gráfica: Carlos Jacanamijoy



## LA VIRULENCIA DE LA INTOLERANCIA

**E**n el rechazo a las representaciones procedentes del terreno del vivenciar sexual, el Yo hace su carta de presentación, en el pensamiento freudiano, como fundamentalmente intolerante. Freud pone el acento de la intolerancia en las representaciones, pero es el Yo lo que se destacaría como intolerante. No tolera saber acerca de lo que lo saca de su casilla de poder presuntamente pleno. No tolera saberse subordinado al poder del deseo primordialmente sexual. Allí radica el basamento de la *Spaltung* psíquica: “El sexo, entonces, en su esencia de diferencia radical, permanece intocado y se niega al saber”<sup>1</sup>. Dicha escisión subjetiva se sustenta en la intolerancia respecto a algo que se presenta al Yo como imposible de saber. Posteriormente, en “El yo y el ello”, queda claro para Freud que la intolerancia pasa a situarse en el superyó. Dicha intransigencia ruda y cruda la hace efectiva el superyó mediante una severidad extrema que hace gravitar densamente sobre el Yo un perturbador sentimiento de culpa. En la medida en que dicho yo no responde a sus elevados ideales. Parece, en la posición subjetiva específica de la melancolía, que el superyó hace acopio, hace despliegue de “todo el sadismo disponible en el individuo”<sup>2</sup>. Es decir, la intolerancia se vuelca en apuesta sádica contra un yo que está lejos de alcanzar ese deber ser del imperativo ideal. Trata al Yo como si fuera un otro al que no solo culpabiliza por su falta, en el sentido moral y ético, sino también al que debe imponerle un cruento castigo.

Así se objetiva la presencia de un yo “en su potencia y en su endeblez”<sup>3</sup>. Potente en su narcisismo de magia y señorío sobre el mundo, en su pensamiento que parece vivificar y animar, incluso perfeccionar, el universo, pero débil, avasallado por las influencias pulsionales del ello, las exigencias del mundo externo y los imperativos categóricos del superyó. Así como el superyó puede ser furibundamente intolerante con el Yo, puede llegar a serlo el mismo yo con y contra el otro. Lo intransigente pasa de lo intrapsíquico a lo intersubjetivo. Especialmente si ese otro lo refleja en su endeblez, si le representa su propia y desoladora endeblez e impotencia. Si el otro no ratifica o convalida su señorío narcisista, si más bien lo invalida en ese aspecto, se puede poner en juego la furia intolerante y sádica del superyó, su furia destructiva.

1. Jacques Lacan, *Le Séminaire. Livre 12. Les problèmes cruciaux pour la psychanalyse* (Paris: inédito, 1965), 355.

2. Sigmund Freud, “El yo y el ello” (1923), en *Obras completas*, vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 2006), 54.

3. *Ibíd.*, 55.

Intolerancia y sadismo respecto a los débiles o a los que refutan su narcisismo de la plena potencia, por parte de un yo que reproduce y extiende la intransigencia superyoica, constituyen una experiencia más recurrente de lo que se cree. Se muestra en el modo como se mal-trató la deficiencia mental en algunos momentos de la narrativa histórica de las cruentas intolerancias. Los guardianes del Estado en Grecia debían estar exentos de debilidades:

Tenemos, pues, razón sobrada para privar a los hombres ilustres de lágrimas y gemidos, dejando estos a las mujeres, y aun eso a las más débiles, así como a los hombres de carácter afeminado, puesto que queremos que aquellos que destinemos a la custodia de nuestro Estado se ruboricen de semejantes debilidades.<sup>4</sup>

Pero hay debilidades que no se pueden perdonar, cuyo castigo debe ser la extinción brutal. Ameritan no solo la muerte, sino la muerte atroz, la aniquilación feroz. Es lo que comenta Misès sobre lo que prescribe Séneca para los niños con alguna deficiencia al nacer:

Así como apaleamos a los perros rabiosos, sacrificamos a los toros montaraces e indomables, degollamos a la oveja enferma para que no infecte a la manada, así también estrangulamos a los recién nacidos malformados e incluso ahogamos a los niños débiles o anormales; no es la cólera sino la razón la que nos invita a separar de las partes sanas aquellas que podrían corromperlas.<sup>5</sup>

También en nombre de la higiene, en este caso racial, y la profilaxis científica, el régimen nazi pondrá en operación esta intolerancia sádica, este sadismo intolerante, como modalidad de lazo punitivo contra los judíos, los discapacitados, los gitanos. También en este caso fue la razón, a la que se refiere Séneca, la que invitó a estas prácticas de extinción sacrificial, de purificación, de abominable separación científica del bien respecto del mal. El nazismo, en ese sentido, no es regresión a una condición salvaje de la especie humana, a un estado de horda sedienta de dominio a ultranza, es producto racional:

[D]e uno de los pueblos más civilizados de Europa. Cualquiera que sea su agresividad, y cualquiera que sea la organización de sus instintos, el animal jamás experimenta el menor goce del mal. Ya lo hemos dicho: no es ni perverso ni criminal.<sup>6</sup>

Porque el ser humano puede justificar con vasta razón y con bastante razonamiento sus actos criminales. Puede encontrar en ellos la justificación de un bien sumamente ideal. Puede encontrarle arduo sentido, razón de ser, a su ejercicio del mal. Hanna Arendt destaca cómo Hitler inicia sus masacres otorgando “muerte

4. Platón, “La República o de lo justo”, en *Diálogos* (México: Porrúa, 1989), 474.

5. Roger Misès, *El niño deficiente mental* (Buenos Aires: Amorrortu, 1977), 15.

6. Elisabeth Roudinesco, *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos* (Barcelona: Anagrama, 2010), 157.

piadosa”<sup>7</sup> a desahuciados y pretendía proseguir su programa de exterminio librándose de alemanes “genéticamente lesionados”<sup>8</sup>. Era un programa de matanzas sistemática y selectivamente racionalizadas.

La razón se estampa en el goce, pues también puede anudar mediante su discurso el bien con el mal. El superyoico bélico permite que la razón se solace en el sentido, en la justificación casi exorbitante, del mal: “Ningún grupo humano podría sustentarse ante el peligro de ser asesinado por los más próximos. El enemigo es exterior, ajeno, el que es distinto, el que no es como yo. Esos no están protegidos por el ‘no matarás’”<sup>9</sup>. La razón en el imperio del Yo lleva inevitablemente el sello de su orden narcisista. No hay regresión a lo animal en la acción ferozmente violenta del genocidio; pero sí arreglo racional para que el distinto, el que no es como yo, el que no es hecho a imagen y semejanza de mi yo divinizado, sea equiparable a lo animal, a lo inhumano. Corresponde a una de las formas de sujeto de la violencia que propone Wieviorka denominada anti-sujeto. En su configuración hay una apuesta por denegar a sus “víctimas los derechos más elementales”<sup>10</sup>, de-subjetivándolas. Sugiero que este empeño violento por degradar al otro a la condición de animal o cosa del anti-sujeto es combinable con el hiper-sujeto, otra categoría que plantea Wieviorka, donde el sujeto inunda de sentido su actuación criminal. No solo resulta ajeno a todo sentido de responsabilidad el aniquilar a alguien, reducido a la condición de animal o cosa molesta, también tendría encomiable exaltación.

## LA VIOLENCIA EN LA PSICOSIS DE ODIOS DE LA GUERRA

Atravesando disyuntivas o anudamientos éticos se enfrasca el sujeto, siendo anti- o hiper-sujeto, en los asuntos de la guerra. Donde la egregia razón puede plantearse que el otro solo es alguien a quien resulta indispensable y justificado matar:

La verdad es que nunca faltan razones a quien desea matar, desde las justificaciones que busca Raskolnikov para asesinar a la vieja usurera en la novela Crimen y castigo de Dostoievski, que se elimina a un ser superfluo y dañino, hasta las grandes justificaciones heroicas, la salvación de la patria, la revolución, el triunfo del proletariado.<sup>11</sup>

En la misiva que le envía Albert Einstein a Freud, la cuestión del por qué de la guerra, de sus razones, parece orientarse hacia un tema de pulsiones, en función del destinatario. Pero Einstein cuestiona a Freud sobre el “afán de poder que caracteriza a la clase gobernante de todas las naciones”<sup>12</sup> y que se conduce de modo hostil ante cualquier intento por someter su soberanía nacional. Esta actitud hace que se rechace la mediación de un tercero que, como árbitro supranacional, sea reconocido y respetado

7. Hanna Arendt, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal* (Barcelona: Lumen, 2003), 171.

8. *Ibíd.*, 172.

9. Fernando Savater, *Los diez mandamientos del siglo XXI* (Madrid: Debate, 2004), 90.

10. Michel Wieviorka, *La violence* (Paris: Hachette, 2005), 298.

11. Savater, *Los diez mandamientos del siglo XXI*, 91.

12. Sigmund Freud, “¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud)” (1933 [1932]), en *Obras completas*, vol. XXII (Buenos Aires, Amorrortu, 2006), 184.

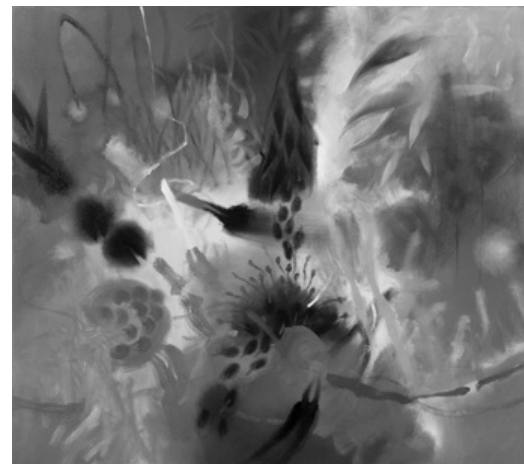
por las naciones en pugna. Entonces nos encontramos con los enfrentamientos sumamente enconados, con los enfrentamientos sustentados en las pequeñas diferencias, súbitamente engrandecidas, donde nadie se encuentra dispuesto a ceder en sus dominios soberanos. Incluso, dice Einstein, los dirigentes de las naciones en guerra recurren a mercenarios que lucran a su vez con la razón bélica de extensión de poder político y económico. La guerra se constituye, dice Einstein, en una “psicosis de odio”, donde los más intelectuales, los que más empeñan la razón en sus deliberaciones y críticas, resultan ser los más sugestionables por la palabra impresa de la idealización heroica de la violencia. La guerra no deja de ser parte de una razón vinculante, de la razón que requiere del otro que hostiliza mi condición identitaria de raigambre narcisista.

Freud señala que no hay establecimiento de derecho que no transite por la violencia. Toma en cuenta que él mismo ha construido míticamente las interdicciones fundamentales de la cultura, las que se refieren al incesto y al parricidio, en función de un evento primordial de violencia. Indica que las condiciones de diferenciación en la estructura institucional pasan a ser de asimetría, de inequidad, en relación al poder en virtud de la guerra:

La situación se complica por el hecho de que la comunidad incluye desde el comienzo elementos de poder desigual, varones y mujeres, padres e hijos, y pronto a consecuencia de la guerra y el sometimiento, vencedores y vencidos, que se transforman en amos y esclavos. Entonces el derecho de la comunidad se convierte en la expresión de las desiguales relaciones de poder que imperan en su seno.<sup>13</sup>

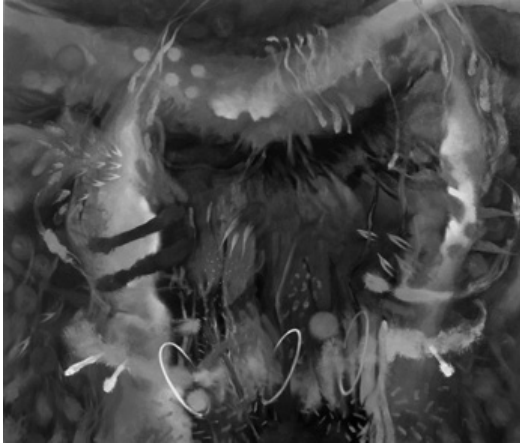
Muchos conflictos que no se logran zanjar mediante las leyes forzarán su resolución mediante la violencia inserta o no en una empresa bélica. Aunque es preciso decir que Wieviorka plantea que algunos autores sugieren que la violencia emerge precisamente como algo opuesto al conflicto, como algo donde se rompe la estabilización de las relaciones que supone la dinámica estructural de un conflicto.

Algo parecido encontramos en Freud cuando intenta diferenciar la neurosis de la psicosis. La neurosis conlleva una estructura de conflicto entre las demandas pulsionales del ello y las consideraciones al principio de realidad que suscribe el Yo. En lo que concierne a la psicosis, Freud, en principio, no indica la presencia de un conflicto sino de una “Störung in den Beziehungen zwischen Ich und Aussenwelt”<sup>14</sup>, perturbación en las relaciones entre el Yo y el mundo exterior. Perturbación que deja como efecto una desgarradura en esos lazos y que exigirá la colocación y la interposición del delirio como parche. La psicosis es, como la violencia, una cuestión de ruptura en los lazos del Yo con el mundo de la alteridad.



13. *Ibíd.*, 189-190.

14. “Una similar perturbación en los vínculos entre el Yo y el mundo exterior”. Sigmund Freud, “Neurose und psychose” (1924 [1923]), en *Gesammelte Werke*, vol. XIII (Frankfurt am Main: Fischer, 1999), 389. Hay versión en español: Sigmund Freud, “Neurosis y psicosis” (1924 [1923]), en *Obras completas*, vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 1975), 155.



Freud propone que, derivado de sus intelecciones, existen dos factores que preservan la cohesión de una comunidad: “la compulsión de la violencia y las ligazones de sentimiento —técnicamente se les llama identificaciones entre sus miembros—. Ausente uno de estos factores, es posible que el otro mantenga en pie a la comunidad”<sup>15</sup>. Si las identificaciones no consiguen la solidaridad comunitaria ¿queda solo la “Zwang der Gewalt”<sup>16</sup>, coacción de la violencia, la violencia compulsiva, para sostener los lazos comunitarios? ¿Lo que no se puede conseguir por los vínculos identificatorios, se resolvería mediante el imperativo de la violencia? La violencia irrumpe en esa apuesta por hacer lo necesario con tal de conseguir objetivos de cohesión social. Especialmente se yergue ante el agravio a lo que concibe como un sentido fundamental de respeto. La biografía de muchos jóvenes involucrados en la violencia criminal presenta incidentes tempranos de abusos cometidos contra ellos en su niñez temprana. Desde muy pequeños fueron objetos para el regodeo sádico del Otro como autoridad veleidosa. Pero también en muchos casos se enlazó el sentimiento que liga al otro por vía identificatoria o de investidura amorosa con la violencia compulsiva. Es decir, desde su temprana infancia encontramos jóvenes que establecieron vinculaciones de “ligazones de sentimiento” con la violencia de manera compulsiva, que tendieron lazos amorosos y/o identificatorios con el otro mediante la experiencia de la violencia:

Se parecen a un niño que, luego de ser golpeado por su padre desde el nacimiento hasta que fue rescatado, le preguntó al psicólogo: “¿Y tú con qué pegas?”, aludiendo sin duda a que en algún momento se le maltrataría en la casa de acogida. Cuando el terapeuta respondió que jamás lo haría, el pequeño quedó desconcertado, molesto. Su única manera de establecer contacto era por medio de la violencia.<sup>17</sup>

Llega a ocurrir entonces que la violencia se inserte en condiciones de supuesta alternativa. Lo que no se pudo conseguir por la vía del amor y la identificación comprensiva, por la vía del diálogo y el entendimiento, parece que solo se podría conseguir por la mediación de la acción violenta, de la apuesta bélica. Y esta se puede idealizar invocando principios y valores de enorme resonancia para el campo heroico del goce. Napoleón, en la isla de Santa Elena, habría escrito, según lo relata Tolstoi, las elevadas motivaciones de la guerra contra Rusia:

La guerra de Rusia hubiera debido ser la más popular de los tiempos modernos. Era la guerra del buen sentido y la de los verdaderos intereses, la del reposo y la seguridad de todos. Era una guerra puramente científica y conservadora. Aquella guerra tenía lugar por la gran causa, por el fin de las casualidades y por el principio de la seguridad. Un nuevo horizonte iba a aparecer y nuevos trabajos iban a realizarse, inspirados en

15. Freud, “¿Por qué la guerra?”, 191-192.

16. “La compulsión de la violencia”, *Ibíd.*, 191.  
Cf. Sigmund Freud, “Warum Krieg?” (1933 [1932]), en *Gesammelte Werke*, vol. XVI (Frankfurt am Main: Fischer, 1999), 19.

17. Lydia Cacho, *Esclavas del poder. Un viaje al corazón de la trata sexual de niñas y mujeres en el mundo* (México: Grijalbo/Proceso, 2013), 84.

el bienestar y en la prosperidad de todo el mundo. El sistema europeo había nacido, era cuestión de organizarlo.<sup>18</sup>

Estas son las razones que se arguyen y explicitan para ilusionarse con un mal necesario en función de un venturoso bien. Freud señala que estos exhortos a la guerra alcanzan dos posibilidades: algunos se exponen en “voz alta”, pero otros se silencian. Aunque en realidad “los motivos ideales solo sirvieron de pretexto a las apetencias destructivas”<sup>19</sup>. ¿Qué es lo que Napoleón no dice? ¿Qué es lo que se calla en esta expectativa promisorio de una guerra que aportará supuestamente felicidad al mundo? Lo que no se dice está, en parte, en lo que se dice. La guerra es efectivamente la gran causa para quien pretende ser soberano de Europa y, quizás, del mundo. Es la de sus intereses verdaderos, es la guerra por la verdad de sus intereses y ambiciones. Napoleón cree hablar por todos, por todos los pueblos, cree que su palabra, en su franca idealización de la guerra, conduce a un vínculo total, pleno, de todas las naciones europeas.

El otro es re-querido por la razón, de la advocación belicista, aunque más no sea para reducirlo a desecho, a excrecencia, a objeto a. Reducido a porquería pero pivoteando, acuciando, el deseo. Para Lacan, en el seminario 12, el dramatismo al cual nos empuja la experiencia analítica consiste en que cada vez que el sujeto encuentra su verdad, lo cambia, lo trasmuda, en objeto a. Como el rey Midas, señala Lacan, que todo lo que tocaba lo convertía en oro. Así, la abyección de la violencia empuja a que las víctimas se conviertan en mierda, en porquería. Negadas en sus derechos de sujetos, pero relegadas al conjunto de los desechos y los desperdicios. La violencia que se desató en México, en relación con el crimen organizado y la guerra, así llamada, al narcotráfico, nutrió el país de fosas comunes, de famosas narcofosas, de cadáveres arrojados completos o despedazados, por las calles de algunas ciudades y pueblos. A veces exhibidos colgados de un puente con mensajes para el gobierno o para un grupo criminal adversario. Cuerpos y pedazos de cuerpos insepultos o exhibidos como trofeos, finalmente animalizados puesto que cuelgan como si fueran “carne de res”<sup>20</sup>.

Javier Sicilia habla de esta “exhibición del horror, junto a la exhibición de la diversión”<sup>21</sup> en los montajes imaginarios que pasan por los medios de comunicación y los espacios cibernéticos, donde lo que se banaliza es el espanto y el terror. Los estudios de Adriana Cavarero nos permiten entender este más allá del terror, el horrorismo, cuya lógica perversa es la del ensañamiento con el cuerpo de la víctima: “El cuerpo deshecho pierde su individualidad. La violencia que lo desmiembra ofende a la dignidad ontológica que la figura posee y lo hace inmirable”<sup>22</sup>. Es siempre el excedente lo que tipifica lo humano. Este plus de saña que enlaza al sujeto con su víctima. Wieviorka detecta bien que se trata de algo que sobrepasa la dimensión del

18. León Tolstoi, *Guerra y paz* (México: Tomo, 2008), 450.

19. Freud, “¿Por qué la guerra?”, 194.

20. Anabel Hernández, *Los señores del narco* (México: Grijalbo, 2011), 9.

21. Javier Sicilia, *Estamos hasta la Madre* (México: Temas de Hoy, 2011), 155.

22. Adriana Cavarero, *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea* (Barcelona: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana, 2009), 25.

placer, algo del orden del goce que entra en juego en la funcionalidad de la crueldad: “El juego con los cuerpos destruidos en el momento de las masacres, por ejemplo, combina a veces dimensiones simbólicas y un sadismo que las víctimas futuras y la población contemplada comprenden bien”<sup>23</sup>. El sujeto (se) amarra a su víctima, se ata a su cuerpo destruido, para remitirlo a un real fragmentario, impensable, inmirable.

### LA PASIÓN DEL SUPLICIO ETERNO

Evocamos dos referentes de la atrocidad sádica. Referentes poéticos en su dramatismo señero pero también sañoso. La saña se advierte en su discurso paroxístico. Primero está el célebre drama de William Shakespeare llamado *Tito Andrónico*. Se vislumbra una ilustración escalofriante del goce que Lacan plantea como un ejercicio ético en cuanto “entraña el mal del prójimo”<sup>24</sup>. Es el caso del personaje de nombre Aarón consagrado a la compulsión violenta, precisamente más allá de la muerte, al ejercicio de un sadismo que se alimenta de la unión con el tormento angustiante del otro:

Y hasta en este momento maldigo el día (a pesar de que me parece que restan pocos a los cuales pueda alcanzar mi maldición) en que no haya de hecho algún gran mal, como asesinar un hombre, tramar su muerte, violar a una doncella o imaginar el medio de acusar a algún inocente, o perjurarme a mí mismo, o sembrar un odio mortal entre dos amigos, retorcer el cuello a los animales de las personas humildes, incendiar las granjas y las hacinas de heno en la noche y decir a los propietarios que extingan el incendio con sus lágrimas. Con frecuencia he exhumado a los muertos de sus tumbas y he colocado sus cadáveres a las puertas de sus mejores amigos, cuando su dolor se había ya casi olvidado, y sobre su piel, como sobre la corteza de un árbol, he grabado con mi cuchillo, en letras romanas: “Que vuestro dolor no muera, aunque yo esté difunto.”<sup>25</sup>

El exceso se advierte en esta apuesta de malignidad perseverante. Se procura el tormento del otro, aunque su yo malévolo ya no esté con vida para gestionarlo y propinárselo. En última instancia sobre el cuerpo del otro, destrozado, desmembrado, debe estar inscrita la letra de su amo, del autor de su mal, de su dolor interminable. Empero, en ese grabado cutáneo el Yo del autor cruel y sádico se inmortaliza.

Se descubre así que este portento del sadismo no quiere morir solo. Y también se puede aseverar que no solo quiere morir. Quiere hacer algo con su muerte y con la muerte del otro. Quiere extraerle algún dividendo. Quiere con el discurso, en la proximidad, en la inminencia, de su muerte, atormentar al otro. No quiere morir solitario. Reiteramos que anhela morir acompañado por alguien, como Lucio, a quien seguir torturando: “Si existen demonios, quisiera ser demonio, para vivir y arder en el

23. Wieviorka, *La violence*, 263.

24. Jacques Lacan, *El Seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis* (Buenos Aires: Paidós, 1990), 223.

25. William Shakespeare, “Tito Andrónico”, en *Obras completas*, vol. I (México: Aguilar, 1991), 988.



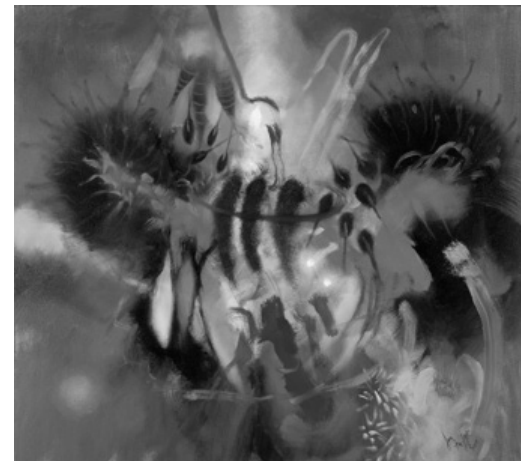
fuego eterno, a condición tan solo de que tuviese tu compañía en el infierno y que pudiera atormentarte con palabras amargas<sup>26</sup>. Como si el hecho de ser demonio en el infierno le concediera más vida, o la vida suficiente para seguir torturando a Lucio. Se enaltece la palabra como veneno que ralentiza su efecto mortífero.

Es una canción popular la que nos permite continuar abordando esta apuesta sadiana que se apuntala en trasgredir y desafiar la ley, incluso como acto de “punición post mórtem”<sup>27</sup>. Nuestro soberbio y soberano castigador, el que nos expone la canción *El preso número 9*, compuesta por Roberto Cantoral, se muestra decidido a buscar y perseguir a la amada y a su amante, ese “amigo desleal” hasta el más allá para volverlos a matar. También a este sujeto, doblemente traicionado se diría, tanto por su mujer como por su amigo, no le da miedo la eternidad, puesto que en realidad lo que lo mantiene en vida, en la muerte, es su insaciable sed de venganza.

Al preso número nueve ya lo van a confesar / Está rezando en la celda con el cura del penal. Porque antes de amanecer la vida le han de quitar / Porque mató a su mujer y a un amigo desleal / Dice así: al confesor / Los maté sí señor / Y si vuelvo a nacer / Yo los vuelvo a matar. Padre no me arrepiento ni me da miedo la eternidad / Yo sé que allá en el cielo el ser supremo me ha de juzgar / Voy a seguir sus pasos voy a buscarlos al más allá.<sup>28</sup>

Es el otro, o esta dupla traicionera, el que mantiene enlazado con la vida en la muerte a este prócer de la punición vindicativa. Este intrincado lazo de amor-odio lo sustenta en una vida más allá de la muerte. Lacan señala cómo podemos ver en Sade “perfilarse en el horizonte la idea de un suplicio eterno”<sup>29</sup>. Lacan propone que habría una especie de parentesco, de “lazos profundos” en lo que respecta a la relación con el Otro, en su condición de referencia simbólica estructurante del deseo, entre la posición sadiana y la psicología del obsesivo. El orden defensivo del obsesivo, de armaduras de hierro, de monturas, de corsé, se trasmuta sádicamente en estrategias de ataque, con el objetivo infatigable de someter al Otro a un severísimo control. Allí donde se detiene el obsesivo en un control, cuya desmesura, cuyo horror desconoce en el goce que le suscita, avanza el aliento sádico. Avanza pretendiendo trascender la muerte. Avanza en el vértigo gozoso de la autoría mortífera, contenida, suspendida, de su tiranía: “Sin duda existe en el paso de la vida a la muerte algo de vertiginoso, y el sádico a quien fascinan los conflictos de la conciencia y de la carne, soñará placenteramente como autor de tan radical metamorfosis”<sup>30</sup>.

Es decir que la idea de la ejecutoria del tormento eterno fascina al “artista del mal”<sup>31</sup>. Le obsesiona la idea de atormentar eternamente al otro, la cual se ve plasmada en el hecho de que los héroes sadianos se esfuerzan en multiplicar sus carnicerías



26. *Ibíd.*, 988-989.

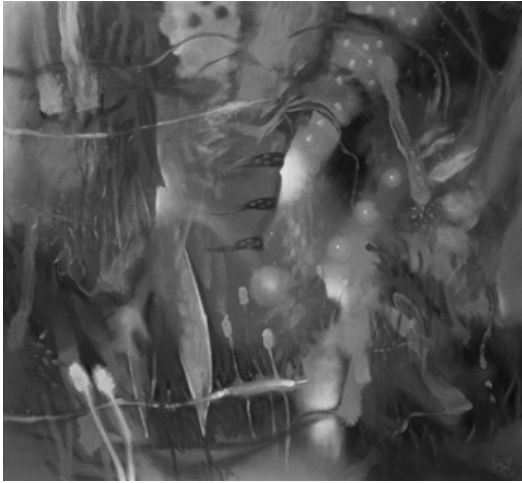
27. Wieviorka, *La violence*, 264.

28. Roberto Cantoral, *El preso número 9*, letra: Joan Baez, Golden Castle Records, 1950.

29. Lacan, *El Seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*, 245.

30. Simone de Beauvoir, *El Marqués de Sade* (Buenos Aires: Siglo Veinte, 1974), 56.

31. Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann* (Madrid: Alianza, 2007), 202.



“porque ninguna los sacia”<sup>32</sup>. La compulsión de limpieza agobia al obsesivo sin depararle tranquilidad. La compulsión de abyección del otro, de su degradación, es un ansia de goce que no se colma. Aunque resulta nítido el hecho, señalado por De Beauvoir, de que el goce parece ligarse más bien a un saber inconmensurable. El goce va más allá de la desgracia del prójimo, de su ruina, se desprende de “saberse el autor de ella”<sup>33</sup>. Desde allí podemos encontrar ecos sadianos en ejercicios de tiranía política como aquel que se le prescribe al hábil político, o al vil político:

Divide e impera: esto es: si en tu nación hay ciertas personas privilegiadas que te han elegido por jefe —*primus inter pares*—, siembra la desunión entre ellas y enemístalas con el pueblo: ponte luego del lado de este último, haciéndole espejear una mayor libertad, y entonces todo dependerá de tu voluntad incondicional. O bien si se trata de Estados extranjeros, provocar entre ellos la discordia es un medio bastante seguro de que se te sometan uno después de otro, aparentando que defiendes al más débil.<sup>34</sup>

Aunque Kant afirma que este tipo de máxima no engaña a nadie, sin embargo se pone en práctica como imperativo de goce. Como exigencia de un goce extraído del desgarramiento entre fuerzas en pugna, de la producción de un escenario de conflicto y discordia. Y ese desgarramiento y discordia remiten su causación a este político, que así demuestra su habilidad en materia de vileza, de maldad estratégica. No se pretende únicamente el poder, sino su ensanchamiento, el sentimiento de expansión narcisista que se produce en el ámbito del Yo, en función de la desgarradura suscitada en el campo del Otro. Es una modalidad de satisfacción que Freud descubrió, enganchada a la trama principal de las fantasías. Se trata de la satisfacción narcisista, desplegada por deseos de carácter ambicioso que aspiran a la “*Erhöhung der Persönlichkeit*”<sup>35</sup>, elevación de la personalidad, a su engrandecimiento poderoso. Esta satisfacción da la impresión de ser “autista”<sup>36</sup>, como De Beauvoir lo revela respecto a las hazañas eróticas de los personajes de Sade, pero no parece prescindir del otro y su degradación. Lo que parece quedar intacta es la castración en estos sujetos, que emulan la vileza del político diestro en sembrar el mal entre aquellos con los cuales estaría en deuda. Ecos sadianos pueden hacerse ubicuos en sociedades donde la impunidad reina. El sujeto también se conserva intacto en la inmunidad, haciendo proliferar la exaltación de su ego. Así, encontramos, en el escenario político mexicano, personajes de la vil habilidad que recrean sus imágenes de ostentación y grandeza. A ellos no hay quien los toque. Mientras prevalece el sentimiento de vulnerabilidad intrínseco a la vorágine de la violencia, destacan los inmunes y los impunes ante la ley jurídica. Pero inmunes e impunes a costa del otro, a costa del mal promovido en el otro.

32. De Beauvoir, *El Marqués de Sade*, 56.

33. *Ibíd.*, 112.

34. Emmanuel Kant, *Vers la paix perpétuelle* (París: Flammarion, 2006), 116.

35. “Exaltación de la personalidad”. Sigmund Freud, “*Der Dichter und das Phantasieren*” (1908 [1907]), en *Gesammelte Werke*, vol. VII (Frankfurt am Main: Fischer, 1999), 217. Versión en español: Sigmund Freud, “El creador literario y el fantaseo” (1908 [1907]), en *Obras completas*, vol. IX (Buenos Aires: Amorrortu, 1975), 130.

36. De Beauvoir, *El Marqués de Sade*, 41.

No nos extraña entonces que el delirio radical para Freud sea el de la megalomanía. Los delirios de persecución, de celos y los propios de la erotomanía, siempre niegan un arrebató afectivo en relación al otro, sea de amor o de odio. Pero en la megalomanía la negación es rotunda, absoluta, respecto a la pasión amorosa, pero también en relación al otro:

“Yo no amo en absoluto, y no amo a nadie”, y esta frase parece psicológicamente equivalente —puesto que uno tiene que poner su libido en alguna parte— a la frase: “Yo me amo solo a mí”. Esta variedad de contradicción nos da entonces por resultado el delirio de grandeza, que podemos concebir como una sobrestimación sexual del yo propio y, así, poner en paralelo con la consabida sobrestimación del objeto de amor.<sup>37</sup>

Ya que la negación absoluta preserva la grandeza narcisista del Yo, entendemos por qué otra de las máximas del hábil-vil político, indicada por Kant, es necesariamente la de negar cualquier culpa o responsabilidad por las fallas de un gobierno, que han propiciado la desesperación y la revuelta del pueblo. El mandato o prescripción política es no reconocer la falta ni reconocerse en falta. Es mandamiento político consagrado para defenderse, incluso, ante evidencias en contra sumamente contundentes. Un personaje de alta representación política en nuestro país es sospechoso de trata y explotación sexual de jóvenes. Las cuales acuden a su recinto partidista en busca de trabajo. Su primera reacción ante estas incriminaciones fue decir en una entrevista telefónica para un programa de radio: “¡Falso, de toda falsedad!”.

## TIRANÍAS SADIANAS

Tiranos también resultan ser los líderes de ese acto de violencia colectiva conocido como *bullying*, el cual muestra también modalidades de lazo que ya había identificado el psicoanalista Bion en lo que denominó *cultura de odio*, inherente al supuesto básico de ataque-fuga (o también “ataque y fuga”). No hay supuesto básico, es decir posición de convicción grupal, que no invoque un líder. Aunque esté por venir, por hacerse, en un futuro que contribuirá a realzar. Es el caso del supuesto básico de emparejamiento. Pero el que resalta por la virulencia de su cometido es el de ataque-fuga. Donde alguien demuestra esta vil habilidad de saber quién es el enemigo a vencer y qué lo hace ser precisamente el enemigo a vencer, sabrá sembrar la cizaña como si fuera una hazaña.

La víctima es siempre propiciatoria en función de una condición de peligro y amenaza, identificada por el líder como un rasgo que lo convierte en intolerable. Nos conduce a esa condición de desvalimiento inmanente al Yo, compensada y velada por sus alardes narcisistas. Esta intolerable peligrosidad localizada en el otro, este rasgo de

37. Sigmund Freud, “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente (Schreber)” (1911 [1910]), en *Obras completas*, vol. XII (Buenos Aires: Amorrortu, 1999), 60.

lo amenazante suscita lo vil en el líder del supuesto básico de ataque-fuga. Suscita en el líder el llamado al ataque. El ataque es algo que este líder propugna para que se lleve a cabo entre él y los otros o, predominantemente, por los otros sin tener que exponerse. Pero lo que sobrepasa el fenómeno de ataque al calificado como enemigo, en cuanto poseedor de un rasgo repudiable, es la posibilidad de sacar un plus de valor en esa acción conjunta de violencia.

El fenómeno de acoso y violencia escolar no es algo reciente. La actriz mexicana Ana de la Reguera dice haberlo sufrido en una institución educativa religiosa de Veracruz, debido a un supuesto rasgo deficitario: “reveló que en su infancia sufrió agresiones en la escuela católica, Colegio Pacelli del puerto, ‘por narigona y flaca’, y porque decía que cuando fuera mayor sería actriz, lo que motivaba la burla de sus compañeras”<sup>38</sup>. Afirma que el *bullying* ha estado presente aunque “no tenía nombre”, pues siempre han existido “chamacos castrosos”. Desde luego parece que este término de *bullying* viniera a ponerle nombre a una experiencia innombrable, difícil o imposible de asir por recursos simbolizantes. Una experiencia traumatizante. Esto conduce al lado seductor de la violencia en la medida en que “zozobra hacia algo que anuncia lo insensato, hacia la tentación de una relación que estaría bajo el signo de lo innombrable. Incluso la etiqueta de locura”<sup>39</sup>. Los chamacos ‘castrosos’ a los que se refiere esta actriz son practicantes de una mutilación desastrosa, sobre esta pequeña a causa de poseer atributos que parecen ir en contra de sus ideales narcisistas. Atributos que podrían conducir a una imagen fálica, pero que también se inscriben en una identificación, en “ser identificado por”<sup>40</sup> rasgos, por aspectos físicos que empujan al ataque. ¿Rasgos que se pueden concebir como amenazantes y peligrosos? Así como identificar al otro por algún rasgo racial o alguna específica condición sexual o política puede ser lo que se constituya en el significante del exhorto a la violencia, al ataque imperioso.

Tan intolerantes como amenazantes podrían ser los rasgos identificatorios que incitan a la violencia. Solo así se entiende que sus ejecutantes se ensañen de tal modo con su víctima como para recurrir a compulsiones degradantes. En la misma nota periodística sobre el testimonio de Ana de la Reguera aparece la denuncia de una señora de nombre Elvia Bocanegra Martínez, señalando las vejaciones de que fueron víctimas su hija y una compañera de estudios, obligadas por dos compañeras “a comer excremento, mocos, tierra y lápiz labial”<sup>41</sup>, lo cual ocurrió en una escuela primaria de una comunidad del estado de Querétaro. Asevera que un profesor que presencié esta acción violenta no hizo nada para evitarla, pero sí, lo posible para que no se denunciara. Se apela a la inmunidad y a la impunidad como garantes de una violencia que se institucionaliza. Pero no hay inmunidad ni impunidad sin complicidad provista de complacencia gozosa de las autoridades con los agentes de la violencia. Lo que

38. Mariana Chávez, “Niñas queretanas obligan a dos compañeras a comer excremento; responsabilizan a profesor”, *La Jornada*, 5 de junio del 2014, 27.

39. Daniel Sibony, *Violence* (París: Seuil, 1998), 84.

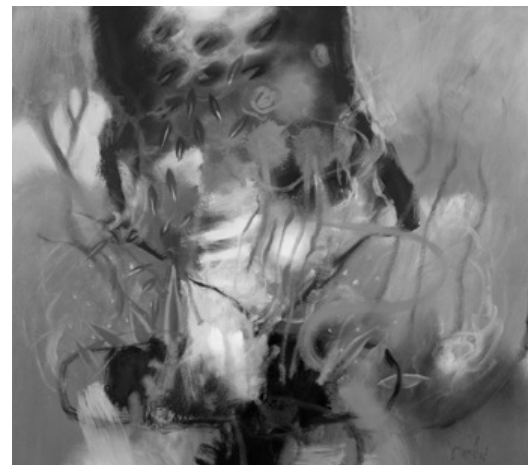
40. *Ibíd.*, 164.

41. Chávez, “Niñas queretanas obligan a dos compañeras a comer excremento; responsabilizan a profesor”, 27.

también nos cuestiona es esta modalidad de lazo emprendido por una violencia, tipo festín sadiano, donde la víctima, sin ser aniquilada, queda crudamente envilecida. Nos evoca los festines sadianos de los soldados romanos con Jesús, los ultrajes de que es víctima. Quizás esta “apoteosis de sadismo”<sup>42</sup> de la que habla Lacan nos conduce a esta compulsión violenta por los ultrajes, que tanto hace reír a sus verdugos, que tanto los hace gozar: “el sufrimiento no lleva a la víctima a ese punto que la dispersa y que la anonada. Al contrario, parece que el objeto de los tormentos debe conservar la posibilidad de ser su soporte indestructible”<sup>43</sup>. ¿Qué y hasta dónde puede aguantar el otro las exacciones que se le hacen sufrir? Parece que el límite de tolerancia siempre se puede recorrer, en la apuesta sadiana, unos metros más allá, pero siempre más acá de una muerte dejada en suspenso.

Un corto cinematográfico realizado por Carlos Cuarón (2014) denominado *El sándwich de Mariana*<sup>44</sup>, nos permite cerrar este estudio sobre lo compulsivo de la violencia y ciertos ecos sadianos que se le adscriben, en torno a una situación de *bullying*. En este film lo compulsivo de la violencia aparece precisamente en su carácter repetitivo. Es decir, se trata efectivamente de lo que Freud formuló como compulsión de repetición en cuanto instancia que trasciende y subordina el principio de placer. La niña víctima de *bullying* quiere indagar qué ocurre, quién es esta compañera de escuela que, de manera compulsiva, la violenta despojándole del sándwich que su mamá le prepara cada día. Descubre que la compulsión va más allá del nexo intersubjetivo entre ella y su agresora. Se da cuenta de que su agresora es agredida, a su vez, por su hermana mayor. Son agresiones que siempre llevan un dejo de mofa, de sarcasmo cruel. Esta hermana, también es víctima de agresión y burla sardónica por parte de su madre, que recibe maltratos y vejaciones de parte de un marido celoso. Sin embargo, allí no acaba el asunto, pues el marido, recibe una llamada telefónica en la que parece sometido a agresiones y humillaciones por parte de su jefe. Nadie se defiende, nadie puede oponerse a las exacciones de las que son víctimas. Prevalece el sometimiento, pero en cada gesto de repetición algo diferente se introduce.

Freud señala que dicha compulsión de repetición hace lazo con la satisfacción libidinal aunque aparezca más primigenia y más pulsional que el principio del placer al cual parece someter. Esta compulsión de repetición brinda la experiencia ominosa de un “eterno retorno de lo igual”<sup>45</sup>. Pero los eslabones de la cadena repetitiva de la violencia son distintos unos de otros. Cada sujeto, agente de agresión, no se conduce igual que aquel que se constituyó en su verdugo. La compañera de escuela no se conduce con su víctima, despojándole de su bocadillo de recreo, como se conduce su hermana con ella. De hecho tiene que hacerse acompañar por dos amigas en la ejecución de su despojo. Las piezas también son intercambiables. En lugar del jefe, el director del

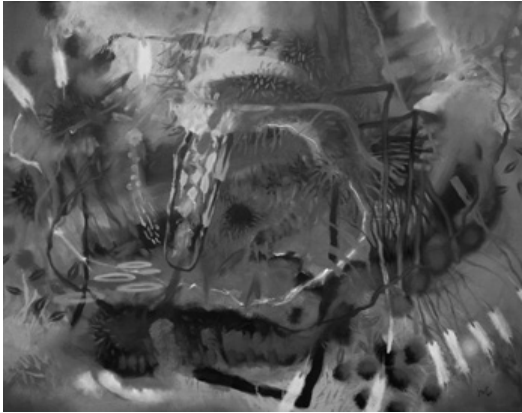


42. Lacan, *El Seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*, 313.

43. *Ibid.*, 312-313.

44. Carlos Cuarón, *El sándwich de Mariana* (México: Nivel Diez, 2014), cortometraje, 10 min. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=f-8s7ev3dRM> (consultado el 02/06/2014).

45. Sigmund Freud, “Más allá del principio del placer” (1920), en *Obras completas*, vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 2006), 22.



filme pudo haber puesto al propio padre del marido celoso. La cadena repetitiva no es una secuencia continua, no es una reproducción mimética ni automática. No obstante, esta maquinaria de repetición, puesta a funcionar como juego simbólico, genera su “plus-de-valor”, en cada momento de producción. La satisfacción se encuentra más allá del placer de ser ahora el agente activo de la opresión del otro, colocado en el papel de su yo, otrora reducido al papel pasivo de víctima. Los estratos del poder se ponen en juego en un escalonamiento institucional desde la escuela hasta el trabajo, pasando por la familia. Pero cada agente activo de opresión se las arregla para extraer su ganancia propia, su dividendo, en esta maquinaria repetitiva. Propone un modo particular, un sistema singular, de envilecer y acorralar al otro. Plasma una modalidad particular de enlazar y balizar el espanto del otro.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARENDR, HANNA. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen, 2003.
- BEAUVOIR, SIMONE DE. *El Marqués de Sade*. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1974.
- CACHO, LYDIA. *Esclavas del poder. Un viaje al corazón de la trata sexual de niñas y mujeres en el mundo*. México: Grijalbo/Proceso, 2013.
- CANTORAL, ROBERTO. *El preso número 9*. Letra: Joan Baez. Golden Castle Records, 1950.
- CAVARERO, ADRIANA. *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Barcelona: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana, 2009.
- CHÁVEZ, MARIANA. “Niñas queretanas obligan a dos compañeras a comer excremento; responsabilizan a profesor”. *La Jornada*. 5 de junio del 2014.
- CUARÓN, CARLOS. *El sándwich de Mariana*. México: Nivel Diez, 2014. Cortometraje, 10 min. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=f-8s7ev3dRM> (consultado el 02/06/2014).
- FREUD, SIGMUND. “Der Dichter und das Phantasieren” (1908 [1907]). En *Gesammelte Werke*. Vol. VII. Frankfurt am Main: Fischer, 1999.
- FREUD, SIGMUND. “El creador literario y el fantaseo” (1908 [1907]). En *Obras completas*. Vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu, 1975.
- FREUD, SIGMUND. “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente (Schreber)” (1911 [1910]). En *Obras completas*. Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- FREUD, SIGMUND. “Más allá del principio del placer” (1920). En *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- FREUD, SIGMUND. “El yo y el ello” (1923). En *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu. 2006.
- FREUD, SIGMUND. “Neurose und psychose” (1924 [1923]). En *Gesammelte Werke*. Vol. XIII. Frankfurt am Main: Fischer, 1999.
- FREUD, SIGMUND. “Neurosis y psicosis” (1924 [1923]). En *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1975.
- FREUD, SIGMUND. “Warum Krieg?” (1933 [1932]). En *Gesammelte Werke*. Vol. XVI. Frankfurt am Main: Fischer, 1999.

- FREUD, SIGMUND. "¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud)" (1933 [1932]). En *Obras completas*. Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- HERNÁNDEZ, ANABEL. *Los señores del narco*. México: Grijalbo, 2011.
- KANT, EMMANUEL. *Vers la paix perpétuelle*. Paris: Flammarion, 2006.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1990.
- LACAN, JACQUES. *Le séminaire. Livre 12. Les problèmes cruciaux pour la psychanalyse*. Paris: Inédito, 1965.
- MISÈS, ROGER. *El niño deficiente mental*. Buenos Aires: Amorrortu, 1977.
- PLATÓN. "La república o de lo Justo". En *Diálogos*. México: Porrúa, 1989.
- PROUST, MARCEL. *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Madrid: Alianza, 2007.
- ROUDINESCO, ELISABETH. *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*. Barcelona: Anagrama, 2010.
- SAVATER, FERNANDO. *Los diez mandamientos del siglo XXI*. Madrid: Debate, 2004.
- SHAKESPEARE, WILLIAM. "Tito Andrónico". En *Obras completas*. Vol. I. México: Aguilar, 1991.
- SIBONY, DANIEL. *Violence*. Paris: Seuil, 1998.
- SICILIA, JAVIER. *Estamos hasta la Madre*. México: Temas de Hoy, 2011.
- TOLSTÓI, LEÓN. *Guerra y paz*. México: Tomo, 2008.
- WIEVIORKA, MICHEL. *La violence*. Paris: Hachette, 2005.

